

LE LLAMARÁN ENMANUEL (Mt 1,23)

ACLAMACIÓN AL SEÑOR PARA LA HORA DEL NUEVO ÉXODO.

Señor Jesús, tú mismo estás abriendo la senda del nuevo éxodo. Has encendido el fuego en la travesía y ha empezado a amanecer. Es hora de salida. La humanidad y el universo se disponen a salir. Y para la marcha has prendido el Fuego en las entrañas de tu iglesia. Tú quieres ser en ella el aliento y la luz de la aventura nueva.

NUESTRO MIEDO A LA NOCHE.

Señor, ¿Cómo es que la noche se echa otra vez encima cuando apenas acaba de despuntar el día? ¿Cómo es que la espesura de las sombras vuelve a agobiar de nuevo el corazón de los hermanos? ¿Por qué la noche parece oscurecer sus ojos y amenaza acosar su corazón? ¿No es verdad, Señor, que, amanecientes, asistimos a los levantes de la aurora?

La luz ardiente y excesiva de tu fuego nos ha sumergido en la noche. La viva claridad de tu mirada ha deslumbrado nuestros ojos endebles y la llama viva de tus manos ha ensombrecido nuestras pobres sendas. No te extrañe, Señor, que al despuntar la aurora sintamos el peso de esta noche oscura.

De golpe hemos pasado de la atrevida esperanza al miedo amenazante. Nos da miedo el horizonte porque nos has abierto una senda insospechada. Nos da miedo la soledad porque tu íntima cercanía nos ha abocado a las últimas raíces. Nos da miedo el desaliento porque tu fuego, abajo en las entrañas, ha secado el entusiasmo de la primera hora.

Pequeñuelos tuyos, Señor, sobrepasados por tu luz y desolados por tu cercanía, estamos ahora sospechando que la noche se nos ha echado encima y nos acosa cuando tú mismo has hecho amanecer y el día nuevo irremediablemente avanza. Pequeñuelos tuyos, Señor, así de asustadizos, como si fuéramos niños en la noche.

¿Dónde están tus manos, Señor? nos preguntamos desasosegados, tendiendo las nuestras con angustia por si logramos alcanzar las tuyas, sin haber adivinado que tus manos han estrechado ya las nuestras temblorosas, y que por ello la noche se ha hecho más oscura y la espera se ha vuelto mucho más ardiente todavía.

LE PONDRÁN POR NOMBRE ENMANUEL.

En la mesa, donde partimos el pan y la copa, ha resonado la buena noticia de la gran alegría. “Le llamarán por nombre *Jesús*, pues él *salvará* a su pueblo de sus pecados. Se le pondrá por nombre *Enmanuel*, que significa *Dios con nosotros*” (Mt 1, 21.23). Tu evangelio, Señor, ha iluminado nuestros ojos de claridad y nuestros corazones no pueden menos de saltar de alegría.

Oh Enmanuel, amigo de la cercanía.

Señor, ¿cómo es que te acercaste a nosotros extendiéndonos tus manos?

Nos asombra profundamente tu cercanía íntima. Has entrado en la fila de los hermanos, la fila que empezó el viejo patriarca, la que parte del hombre primero y terreno, la fila de la humanidad peregrina que avanza entre luces y sombras, entre fidelidades y traiciones. Te creíamos lejos y te has acercado.

Has vencido la ausencia y la distancia con tu misteriosa cercanía. Has venido a nuestro encuentro y te nos has acercado ante el asombro de nuestros corazones. “Heme aquí”, “aquí estoy”, dijiste mientras extendías a nosotros tus manos abiertas, que se hacían camino en el sombrío horizonte de la noche.

Oh Enmanuel, amigo de la cercanía inmediata y entrañable, la cercanía misma. Nos asombra que te acerques así en la noche de la ausencia y la distancia. Nos conmueve tu ternura ofrecida a nosotros en la inmediatez de la ofrenda. ¿Cómo vamos a temer a la noche si nos has hecho sentir tu ternura?

Oh Enmanuel, compañero de camino.

Señor, ¿cómo es que, al acercarte a nosotros, nos has tomado de la mano?

Nuestros ojos no terminan de admirar tu compañía fiel e interminable. Viniste al encuentro de nosotros pero no pudiste pasar de nosotros. Convertiste tu cercanía en compañía. Tú, el amigo cercano, te has hecho nuestro compañero. No sólo nos extendiste tus manos sino que has tomado las nuestras.

Caminas junto a nosotros, abriéndonos tus huellas atrevidas e inéditas, Pastor que nos recoge, Compañero que nos sostiene, Pionero que nos sobrepasa y nos precede.

Oh Enmanuel, compañero del acompañamiento incondicional e incansable. Tú has vencido ya para siempre el miedo a la soledad, que nos amenaza. Tu compañía entrañable nos hace gloriarnos con gozo en nuestras flaquezas. A tu lado estrenamos la fidelidad cada mañana y en cada hora del camino nos podemos atrever a la audacia.

Oh Enmanuel, hermano de la acogida.

Señor, ¿Cómo es que al tomarnos de la mano nos has estrechado contra tus entrañas?

Te acercaste con las manos extendidas y nos tomaste a nosotros de la mano. Ahora nos acoges. Nuestros corazones se llenaron de alegría cuando nos dijiste “estoy aquí junto a vosotros”. Pero la alegría nos inundó cuando nos dijiste que te quedabas “para siempre con nosotros”. Ahora nuestra alegría se desborda cuando nos acoges para vivir tú mismo “en nosotros”.

Estrechaste nuestras manos y después nos estrechaste contra tus entrañas encendidas. Allegados a ti, en la misma llama de Amor viva, nos alentaste con tu mismo Aliento. Tu cercanía y tu compañía se convirtieron en la comunión más insondable. Lo tuyo es nuestro, lo nuestro es tuyo. Tú en nosotros, nosotros en ti.

Oh Enmanuel, hermano de la acogida abismal y desmedida. Nuestros corazones no pueden creer asombrados por la alegría, que nosotros estemos

latiendo desde tus entrañas y que tú latas desde las nuestras. Admirable intercambio. Insondable comunión. Uno somos, tú y nosotros, en la unidad del Espíritu Santo.

QUE SIGNIFICA “DIOS CON NOSOTROS”.

En el pan y en la copa, Señor, arde tu fuego en la travesía haciendo posible la mesa común de los hermanos. Pero unos y otros hemos querido apuñarlo y apropiarlo desde el puesto del corro en el que estábamos. Nos hemos disputado el Fuego, mientras corríamos el riesgo de que se escape de nuestras manos. ¿Es que van a quedar sólo los puños cerrados y levantados amenazándonos con golpes, antes de hacer la travesía?

Con sorpresa y desconcierto hemos vivido el amanecer del Pentecostés que tú encendiste en tu Iglesia. Primero estalló el Fuego, haciendo brillar la novedad de tu camino. Después, cuando intentamos apuñarlo, combatimos unos con otros para imponer a todos nuestras sendas. Luego hemos padecido el desencanto. Y ahora nos sentimos tentados de endurecer nuestras posiciones alternantes, mientras la noche se hace más oscura.

Oh Enmanuel, cercanía de tu Iglesia.

Qué alegría tan grande que seas tú el Enmanuel, el que das a tu Iglesia el don de la cercanía. Cuando nos hemos distanciado y nos amenaza el enfrentamiento y la ausencia, tú pones la mesa en medio de nosotros, tu mesa que son tus propias manos extendidas. Nos conduces así unos hacia otros, por el camino del retorno y del reencuentro, para que nos acerquemos unos a otros en ti, nuestra cercanía.

Ahora es cuando podemos acercarnos como amigos y decirnos “aquí estamos”, “contad con nosotros”. Tú, Señor, realizas el milagro de que podamos pasar del desconcierto a la íntima cercanía. Tú que conviertes nuestra legítima defensa en ofrenda humilde y gozosa y que haces que nos alleguemos unos a otros y nos sintamos queridos unos por otros.

Oh Enmanuel, compañía de tu Iglesia.

Al abrir la senda como compañero de camino das a tu Iglesia el don de la compañía. ¡Qué alegría, Señor! Ya no podemos pasar de los hermanos. Ya no podemos por más tiempo dejarlos tirados atrás o marginarlos al lado. Tus manos hacen que se entrelacen las nuestras para hacer el camino común. Nos haces ser compañeros unos de otros, en un acompañamiento interminable.

Por tu compañía podemos atrevernos a caminar detrás de los hermanos cargando sus flaquezas y sus golpes. Siendo tú el compañero se nos hace posible y gozoso caminar junto a ellos permaneciendo con amor en paciencia infinita. Cualquier día nos alentarás en la audacia de ponernos en la brecha del camino, por ellos, en vez de ellos, para que tu travesía pascual en nosotros les aliente a ir más allá de donde sospechaban.

Oh Enmanuel, acogida de tu Iglesia.

Cercanos unos a otros, en tu cercanía, compañeros unos de otros en tu compañía, llegaremos a acogernos entrañablemente en ti. Tú eres, Señor, el don mismo de la acogida, el ósculo de la paz de tu Iglesia, su misma comunión en persona. En tus entrañas nos entrañamos unos en otros, como miembros de miembros en un único cuerpo, pues tu aliento alienta nuestra acogida sin medida. en nosotros se hará posible también tu misma palabra: nuestro lo vuestro, vosotros en nosotros, todos uno en la unidad del Espíritu Santo.

Tu acogida nos alentará para convertir el conflicto inevitable en un camino de comunión cada vez más honda. El amor que todo lo cree y lo espera, el amor que todo lo so-porta y permanece so-portando eres tú mismo, Señor. ¿Cómo será posible entonces que la fragilidad o la agresividad puedan separarnos? El fuego tuyo que nos reúne en la unidad vencerá todo enfrentamiento y todo rompimiento. La unidad de la comunión será nuestro destino.

ID...YO ESTOY CON VOSOTROS.

Tú, Señor, encendiste el fuego de la travesía para que tu Iglesia acompañara a la humanidad peregrina. Querías que avanzara por su mismo camino y se atreviera a correr su misma suerte. Los gozos y las angustias de los pobres, las esperanzas y las tristezas de los hombres todos habían de resonar en su corazón. ¿Cómo puede convertirse en castillo amurallado la pequeña y frágil tienda de campaña?

Y sin embargo, la noche que empezamos a sufrir sacude nuestros corazones y los alcanza con la tentación. ¿Nos retiraremos de las sendas de la liberación a la jurisdicción firme y estricta? ¿Podremos abandonar la comunión misteriosa, ardientemente amada, para atrevernos tan sólo a la revolución? Qué alegría, Señor, al ver que tú nos regalas la senda de la creación nueva, cuando nos atraparon los frentes de este mundo.

Oh, Enmanuel, cercanía de tu Iglesia al mundo.

Tú mismo, Señor, eres la cercanía de tu Iglesia al mundo. En tu amor la abres y la eres. Por eso nos has ensanchado el corazón para que sintamos los gemidos de los pobres con tus mismos sentimientos. Y nos has hecho volver los ojos e inclinarnos ante la fila de los hermanos que hacen camino por las mismas sendas. Los dolores que tiene el mundo para su nuevo nacimiento, los gemimos nosotros en nuestro corazón.

Ahora, acercado a la humanidad peregrina, sentimos la necesidad de transparentarle tu cercanía. Manos extendidas y abiertas. Desde abajo, en la ofrenda. “Aquí estamos”, “contad con nosotros”. Ya no nos es posible desoír los gritos de los hermanos, reclusos de puertas adentro. La experiencia viva de tu cercanía nos ha arrojado a tu mismo y entrañable encuentro con los hermanos.

Oh, Enmanuel, compañía de tu Iglesia al mundo.

Más, ¿cómo podremos, Señor, acercarnos a los hermanos sin que les tomemos de la mano y nos dejemos tomar por ellos en las tuyas? La cercanía

tuya nos adentró en la comunión de camino y de destino con el mundo. Sus sendas y sus luchas son las nuestras. La huellas de los hermanos son paso obligado para nosotros. La humanidad, Señor, es el camino de tu Iglesia, porque es tu propio camino.

Tu Iglesia caminará detrás de la humanidad para cargar a sus espaldas sus limitaciones y sus culpas. Caminará junto con ella, en la solidaridad más íntima, para avivar y alentar sus pasos, el esfuerzo sostenido de la aventura. Pero tu Iglesia, Señor, se pondrá también en la brecha del futuro, abriendo desde los últimos las sendas de la justicia nueva, ella que está llamada a ser imagen doliente y gloriosa de ti mismo, el siervo entregado, el pionero de la vida.

Oh, Enmanuel, acogida de tu Iglesia al mundo.

Señor, nos anima la certeza inquebrantable de que la cercanía de tu Iglesia a la humanidad peregrina avanzará cada día haciéndose camino común y compartido. Pero tú, que eres el Enmanuel, la alentarás a ir más allá todavía. Tú harás posible que acoja en sus entrañas, como sus entrañas mismas, a los hombres que reemprendan la aventura humana y a los pobres, que irán a la cabecera de la marcha.

Y ¿qué manera puede encontrar tu Iglesia de entrañar la humanidad peregrina si no es tomando parte vivamente en la lucha por la liberación y la reconciliación que tú iniciaste en la espesura de la historia que es tu Pascua. Su cuerpo será destrozado y traspasado por las marcas de la cruz. Pero ese día entregará desde sus entrañas al mundo tu Espíritu de amor, fermento y alma de la historia, aliento siempre nuevo para la siempre renovada aventura.

EN LOS LEVANTES DE LA AURORA.

Señor, te damos gracias por la noche, que envuelve hoy a tu Iglesia, peregrina en el mundo. Esta noche oscura, deslumbramiento de tu luz, provocación a tus sendas inéditas, gravitación a la radicación en tus entrañas, seducción a la locura de tu cruz. Noche dichosa, que en la hora del éxodo nos permite ver con más hondura la claridad ardiente de tu mirada.

Noche de pascua, en la que tú, Señor, apareces en la orilla para repetirnos el encargo. Noche de la alegría interminable por verte cerca, con las heridas del amor crucificado. Noche en la que alcanzan a nuestros corazones tus últimas palabras: “Id, poneos en marcha... Yo estoy con vosotros” Noche en la que brilla el fuego del Espíritu, que tú pasas de tus manos a las nuestras.

En esta noche oscura, antes de emprender las sendas de la liberación para la fraternidad en la mesa compartida, tú solo apareces ante nuestras miradas, pacificadas ya por el asombro y la alabanza. Quedas tú solo, Señor, solamente tú, exclusivamente tú, tú totalmente. Ya no tenemos ojos para contemplar a nadie más que nos conduzca, pues nuestro corazón ya sólo en ti tiene su bien único y entero. Tú mismo. Tú solo. Tú todo. Tú en tu amor, hecho cruz y convertido en fuego. Nosotros estamos ya ante ti, Señor, pequeñuelos de tu misericordia, vaciados hasta las raíces del abismo, como pura y sencilla capacidad de acogida.

Tu absoluta cercanía hace posible que nos acerquemos a ti con las manos enteramente abiertas. Tu absoluta compañía hace posible que caminemos contigo con las manos exhaustivamente ofrecidas. Tu absoluta acogida hace posible que nos entreguemos a ti con las manos definitivamente abandonadas.

En el amanecer se disipará como las sombras el miedo a la aventura, a la soledad y al desaliento. La tristeza dejará paso a la alegría de las entrañas que nadie nos podrá arrebatarnos. Abrumados y vencidos por tu misericordia, ya sólo podremos esperar mientras vamos de camino. Entre las manos vacías, sujetas por las tuyas, ya sólo quedará tu dulzura, tu inmensa dulzura.

Testigos de la decidida travesía de su amor, olvidados de lo que queda atrás en el corazón y en el camino. Hermanos de los más pequeños de todos, hermanos amados que ya sólo pueden amar. Pequeñuelos dispuestos a llegar en un camino sin retorno hasta más allá de la travesía. Así regalarás a tu Iglesia un puñado pequeño de hermanos para que abran la marcha. Pura y sencilla transparencia de tu cercanía. Aclamación viva de tu presencia al amanecer. Con su vida y con su muerte gritarán en la aurora: “Es el Señor”, “con nosotros”. Y la plenitud de tu alegría pondrá en los labios de todos el cántico nuevo de la alabanza de gloria.

Navidad '84.

Marcelino Legido.